

*pues de su muerte, anunciar la verdad á los gentiles en la gran Iglesia (1), donde todos los pueblos del universo deben reunirse; donde, así los pobres como los ricos, se asentarán á su mesa: en fin, él ha seguido el triunfador á lo mas alto de los cielos, con los cautivos atados á su victorioso carro, y él lo adoró sentado a la diestra del Señor.*

La Escritura santa nos lo dice: *David es el hombre segun el corazon de Dios*: tambien jamas, en ninguna alma humana, ha esparcido tanta luz, y por tanto tiempo el espíritu divino, el espíritu que abraza al mismo tiempo lo pasado, lo presente, el porvenir y la eternidad, que en el alma del Profeta rey! Si tantos dones celestiales han descendido sobre David, si ha sabido inspirar tanta confianza á Dios, que lee en el corazon del hombre, como en un libro abierto, digamos tambien, que no ha sido solo el cielo quien supo honrar el pastor de Judá, el vencedor de Goliath; la tierra tambien le ha rendido un homenaje brillante. Los súbditos del rey de Israel, no han sido los únicos en repetir y entonar sus cánticos sublimes: despues de dos mil años, los cristianos se han apoderado de estos salmos inspirados; en sus dolores, lloran con sus palabras; y es tambien con ellos, que se cantan los placeres! Jamas escrito alguno, jamas composicion alguna de la mano del hombre ha podido obtener semejante triunfo; triunfo que durará mucho mas que el mundo, porque los ángeles han llevado al cielo para repetir en sus armoniosos conciertos, mas de un himno cantado en el templo de Salomon! El genio del hombre vive algunos dias mas que el ser á quien dotó, mas, al fin, acaba tambien por perderse en el olvido: las obras de Dios no perecen jamas; las palabras del Altísimo, atraviesan todos los siglos, y los salmos de David no duran eternamente, sino porque son hijos de una inspiracion directa y divina.

Así, no se pasa festividad alguna nuestra, no se celebra una de nuestras solemnidades, ninguna de nuestras oraciones se pronuncia, sin que algunos versos, ó algunos salmos del rey inspirado se vengan á mezclar en ellos: en las catedrads magnificas de las ciudades, en las humildes iglesias de la aldea, en el palacio de los mas poderosos monarcas, como en la miserable choza del pobre, en medio de nuestras prosperidades, como en medio de nuestros dolores, en nuestras victorias, en nuestros reveses, sobre el navío que surca los mares cuando la tempestada acomete al marinerero, en las profundidades de la tierra donde trabaja el minero; en las universidades mas célebres, en las mas pequeñas escuelas de la aldea, bajo la tienda del soldado, en la celda del religioso, no se dice una plegaria, no se forma un voto en el corazon, no se eleva á Dios un grito de perdon

(1) Salmo XXI. 32.

ó de gratitud, sin que algunas invocaciones de David sean repetidas: aquello que él dijo al Señor, ha venido á ser un idioma universal.

Tal honra, tan brillante homenaje no se tributa jamas á la sabiduría del hombre, sino á la sabiduría de Dios.

No hay ciertamente una posicion en la vida, para la cual no se pueda encontrar un verso en los salmos que se le aplique exactamente.

“Nos persuadirémos con dificultad, que todos los sucesos posibles, felices ó desgraciados, hayan sido previstos con todas sus consecuencias, en un libro escrito por la mano del hombre.” Pues sin embargo, es cierto, que esta *presencia* reina de uno á otro extremo en los salmos del profeta rey.

Estando preparada desde el origen del mundo la venida de Jesucristo, todos los profetas de Israel, á medida que los tiempos se aproximaban, veian despuntar la aurora del reino del Mesías; reino glorioso anunciado á los patriarcas: Daniel cuenta los años en que debian cumplirse su consagracion, sus sufrimientos, su muerte, seguida de una justa venganza y de la eterna desolacion del antiguo pueblo que habia menospreciado al *Santo de los santos*: vió en espíritu *al hijo del hombre, á quien es dado un imperio; el imperio de los santos del Altísimo.*

Con Isaías, la escena cambia: el vió *al Cristo encorvado bajo los piés de nuestros pecados, y colocado en el lugar de los malvados, crucificado entre dos ladrones: es el último de los hombres, y en todo semejante al mas grande! No es, pues, por fuerza que sufre la muerte sino porque él se ofrece, porque él ha querido. No ha pronunciado una sola palabra para defenderse, ha enmudecido como el cordero, bajo la mano que lo trasquila. Es por nosotros, que sufre, y nosotros serémos curados por sus heridas: una larga posteridad saldra de él, y su sepulcro será glorioso (1).*

“Este solo pasaje tan conciso y espresivo, donde los sufrimientos del Salvador futuro se inculcan de tantas maneras, basta para animar todos los sacrificios y el culto de la antigua ley, grabando continuamente en el alma de los verdaderos israelitas este pensamiento, que contenia su ley dada por Moisés, bajo las sombras y figuras, las gracias reales que la nueva ley debia traer un dia á su posteridad, la remision de los pecados por una muerte voluntaria, la sangre saludable que los purificará, las llagas que restablecerian la salud de los hombres; y coronando todas estas misericordias un Salvador, tan justo como sufrido, que nos curaba por medio de sus heridas (2).”

Los remedios para estas llagas que las pasiones forman en el alma, las

(2) Isaías.

(1) Bossuet.

aguas vivas que lavan nuestras manchas, la fuerza que nos levanta en nuestro desfallecimiento, el bálsamo que cicatriza las heridas de nuestro corazón, el consuelo que aleja nuestras desgracias; todos estos beneficios, emanan de LOS SACRAMENTOS DE LA NUEVA LEY.

Estos sacramentos son como los receptáculos en que el Señor hace llover su gracia, y á los cuales debemos nosotros ir á apagar nuestra sed. La virtud de estas aguas sostiene nuestras almas contra los peligros del mundo, y las hace dignas de la vida eterna, objeto de nuestra peregrinacion en este suelo.

De esas fuentes regeneradoras emana la gracia con abundancia sobre el corazón que no opone obstáculo alguno á su eficacia divina, y lleva la fecundidad, y hace germinar los frutos de la inmortalidad, y mitigar por la resignacion lo que tienen de mas duro y de mas pesado los trabajos del hombre.

En los arenales ardientes y áridos de la vida, los sacramentos son como esos tornasolados oasis que el viajero encuentra en el desierto; lugares privilegiados, sombras de palmeros y de cedros, de donde jamas se aparta la frescura. Allí, cerca de la fuente que el sol no ha podido agotar, á causa de la espesa sombra que la abriga, el peregrino reposa, y cuando se levanta, cuando vuelve de nuevo á empuñar su baston para seguir su ruta, bendice á Dios, porque siente dentro de sí mismo reconocimiento, fuerza, esperanza y valor.

Luego que Dios, dominando sobre el mundo nuevamente salido de sus manos, dijo, segun los consejos de su santa é inmutable Trinidad: Hagamos al hombre á nuestra imágen, concedió al sér, que acababa de constituir rey de la naturaleza, una parte de sus divinos atributos: así desde su primer instante Adán fué dotado de fuerza, porque la fuerza tiene su origen en el supremo poder que regla el universo; y pues que el Señor habia querido que el hombre se le pareciese en algo, lo hizo hermoso, fuerte, majestuoso como un dominador.

A pesar de su caída, el hombre ha conservado un resto de su fuerza primitiva, y verdaderamente necesita de ella en la dura y escabrosa peregrinacion que tiene que llenar: en este camino hay enemigos encarnizados que combaten sus pasiones sublevadas de continuo: contra tales ataques, Dios, que le ama siempre como su criatura predilecta, le presta un eficaz socorro; este es, el de los sacramentos. El padre no ha querido dejar á su hijo marchar solo por en medio de los escollos, sin tenderle su mano y le ha preparado sobre la ruta estrecha y escabrosa, el reposo para el cuerpo, y los consuelos para el alma.

¡En estas fuentes de gracias pueden venir á beber todos los hijos de

Adán, y el monarca, encorvado bajo la púrpura y la corona, y el labrador, cuya mano rompe la tierra y abre los surcos, y el soldado que combate, y el solitario que ora, y el anciano que tiene un pié en el sepulcro, y el jóven que entra en la vida, y la madre de familia que parte el pan á sus hijos, y la jóven y púdica doncella, consagrada á Dios, á la Santa Virgen y á los ángeles!

La religion ofrece la misma copa al justo que al pecador, porque en su inmensa caridad jamas escluye á ninguno: ella ha hecho al arrepentimiento hermano de la inocencia.

Resumamos. Yo he querido demostrar, que el hombre no puede vivir sin comunicar con Dios. Bajo la antigua ley, Israel se ligaba mas al Señor, legislador del monte Sináí, por su culto, sus sacramentos incompletos, y las predicciones de los profetas.

Bajo la nueva ley, el orden sobrenatural de comunicacion con el Altísimo, está en nuestros divinos sacramentos, y aquí, para definir bien lo que es un sacramento de la nueva ley (sin temor á la estension de la cita), voy á tomarle á uno de nuestros mas ilustres oradores la definicion del medio sobrenatural que la religion católica nos ha concedido para comunicarnos con Dios.

“El sacramento es un instrumento que contiene una fuerza, que la tierra no puede dar. La idea de la profecía es la verdad fundamental, y los hebreos la han tenido; la idea del sacramento es la fuerza, y nosotros la poseemos.

“La profecía es una luz que ilumina; el sacramento es una fuerza que obra y cria otra fuerza nueva.

“¿Qué es esta fuerza? Es una actividad, una energía, una accion, que se manifiesta exteriormente por sus efectos: en el firmamento, los astros, desde que la poderosa mano del Criador los ha lanzado en el espacio, con una fuerza que no pertenece mas que á un Dios, estos globos relucientes describen su órbita, arrastrados por una fuerza de atraccion y una fuerza de proyeccion, las cuales, por la combinacion de su actividad crean el movimiento elíptico de los cuerpos celestes.

“¿Qué es, pues, en sí, la fuerza? Es la energía del sér, reteniendo, condensando en sí la existencia, y derramándola en su alrededor por dilatacion: de aquí una doble fuerza, la de la concentracion, la de dilatacion; porque el extremo de la fuerza de concentracion es la eternidad. Esta sola fuerza, la posee aquel que reune todo el sér en sí mismo: *Ego sum qui sum*; nadie me tocará, me arrebatará, me dará: esta es la existencia reunida sobre un punto absoluto, el *summum* de la fuerza de espan-

cion; esta es la creacion, por la cual Dios arroja de su propio sér la existencia por oleadas, mundo tras mundo, satélites sobre satélites!"

"Hay una diferencia inmensa entre Dios y nosotros: es que Dios tiene la fuerza en su esencia, y la produce por dilatacion, por un acto simple de su voluntad; mientras que nosotros, por el contrario, tenemos necesidad de agentes secundarios, de intermediarios, de *instrumentos*. Cuando se trata entre nosotros de obrar hácia afuera por la fuerza de expansion, nuestra energía propia es insuficiente, y se hace preciso que sea secundada por aparatos, por máquinas: nosotros no podemos poner dos piedras, una sobre otra, sin la ayuda de un agente secundario, de un instrumento.

"Ahora bien: la idea del instrumento destinado á comunicar *una fuerza*, es la idea misma del *sacramento*: y entre tanto, ¿cuál es la corta inteligencia, que el estudiante de diez y seis á diez y ocho años (educado en una escuela volteriana), á quien la palabra *sacramento* no le haya hecho reír? A cada minuto de su vida tienen que recurrir para cada una de las operaciones de sus estudios á los medios estraños, palidecen sobre los planos y los mapas, armados de esos instrumentos que la ciencia presta á su debilidad; pero parece que en su diccionario, *sacramento* no está escrito como sinónimo de *instrumento*, y no pasan una sola vez por delante de nuestras iglesias sin sonreirse de lástima, á la idea que ellos tienen de las gentes que vienen *allí* á usar de aquello que se llama *los sacramentos*."

"¡Oh, ved, qué gran lástima! Cuando el gusano ha picado también en el corazón el fruto de nuestros vergeles, bien podrá el sol alumbrarlo, pero ni el calor del día, ni el rocío de las noches podrán darle sabor: ¡está perdido para siempre!

"¿Qué es, pues, un *sacramento* sobrenatural? Si el hombre no hubiese sido creado mas que para el tiempo y el espacio, las fuerzas naturales le bastarian para cumplir su destino.

"Dios, libre y feliz, no ha querido que sus criaturas puedan llegar en este mundo á cierto grado de bondad, por las operaciones de la inteligencia y de la voluntad; pero en cambio las ha destinado á conducir á la eternidad, su perfeccion y su propia bienaventuranza. Quiere que lleguemos á ser semejantes á él; quiere, en una palabra, *deificarnos*, como dice Santo Tomás de Aquino, en su comentario á las palabras de San Pablo: *divinæ consortes natura*. Es verdaderamente para este destino final, para el que hemos sido creados: sin embargo, nos es de todo punto imposible llegar con nuestras solas fuerzas naturales á este objeto final de la creacion. Las fuerzas concedidas á nuestra naturaleza son demasiado insuficientes para corresponder á nuestro destino. Por otra parte, ¿no llevamos en nosotros mismos el secreto y misterioso presentimiento

de nuestro porvenir? Sí: tanto que todos, escepto el ateo, y aun puede ser que su corazón no desheche toda esperanza; todos, creyentes é incrédulos, sentimos entre nosotros mismos, que esta vida no es mas que la preparacion para otra vida futura; como el vestibulo de la iniciacion final. Creyentes ó incrédulos; y digo mas, cristianos ó infieles, mahometanos ó idólatras, todos, no aspiramos mas que á lo infinito; todos nosotros vemos asomar en la oscuridad del porvenir la obra de la Divinidad, y la saludamos con nuestros ruegos.

"Pues cualquiera que no sea un materialista, debe crearse fuerzas interiores con las cuales pueda realizar sus destinos; y debe ocurrir al *sacramento* sobrenatural.

"Pero aquí el orgullo humano objeta, que en el orden natural todo se comprende, y dice: Yo tomo una palanca, y produzco una fuerza que he calculado; hay proporcion entre la causa y el efecto. En el orden sobrenatural por el contrario, todo es incomprendible: ¿qué proporcion puede haber, en efecto, entre algunas gotas de agua derramadas sobre la cabeza del catecúmeno, y la regeneracion espiritual de una alma?

"¡Oh! hombres, ciegos por los sentidos, ¿creéis vosotros, pues, que nada hay oscuro en eso que llamais el *orden natural*, y que Dios no ha reservado sus sombras y sus misterios, mas que para la religion? Desengañaos; porque aquello que os parece tan simple en el hecho de la palanca y del movimiento que ella produce, es al contrario, muy misterioso, muy oscuro, muy incomprendible. La ciencia, es verdad, calcula la fuerza de la palanca; ¿pero esta fuerza es creada por la misma palanca? No: ella no es mas que un baston inerte, que tiene necesidad de ser levantado y puesto en movimiento por mi brazo; y en cuanto á mi brazo mismo, ¿se mueve por su propia fuerza? No: él no obra sino en virtud de un impulso interior, de un acto formal de mi voluntad.

"¿Qué es, pues, esta fuerza de la palanca, sino la voluntad misma, que pone en juego los nervios, que á su turno hacen agitar los músculos, quienes de su parte dan el impulso á los órganos?

"En definitiva: la materia no hace otra cosa que obedecer al mandato de mi alma. Pues bien: ¿qué proporcion hay entre la causa y el efecto; entre mi alma que quiere, que manda, y la masa inerte que yo levanto con una palanca? De una parte el espíritu, de otra la materia; entre las dos, la organizacion por medio de los instrumentos adaptados á esta organizacion: pero siempre, entre el espíritu y el cuerpo, un abismo inconmensurable, que no puede ser superado mas que por el poder de Dios."

"Así, pues, toda fuerza viene de Dios. Este *sacramento*, que hace sonreír desdeñosamente al volteriano, es el instrumento de la gracia, co-

mo la palanca es el instrumento que pone en movimiento la materia. El sacramento presta su eficacia divina, creadora y sensible, y produce sus efectos espirituales; lo mismo que vuestra alma, sustancia espiritual, obra sobre el cuerpo por la voluntad.

“Por un órden inverso las relaciones son las mismas, y las dos fuerzas no son en el fondo ni mas ni menos incomprensibles una que otra.

“Cesad, pues, sabios del dia, de mirarnos á nosotros los católicos con esa lástima desdeñosa: no encojaís los hombros al ver los actos cuyo cumplimiento miran los demas hombres como un deber sagrado: respetad la madre, que alarmada por el alma de su hijo, le envía un sacerdote para que lo bautice, y el gentío que se arrodilla piadosamente en torno del altar donde se celebra el misterio eucaristico que adora: no menospreciéis este gentío, ni esta madre, porque lo único verdaderamente despreciable es el vicio y el crimen. ¿Cuál es aquel de entre vosotros, señores escépticos, que á pesar de sus errores, no guarda en sí mismo la huella inestinguible de la virtud sacramental? Débiles y culpables cuanto vos queráis, pero os reto á llegar hasta las infamias del paganismo. Y á pesar de que seáis sus prosélitos, permanecéis cristianos en el acto mismo de negarlo. Vuestro origen os hace traicion, se revela en vuestros mismos desórdenes, lo mismo que el infierno á donde fué precipitado, ¡no puede hacer olvidar al ángel rebelde su primitiva patria! Por mas que hagáis, una gota de agua ha unido vuestra alma á Dios por toda la eternidad (1).”

La fuerza del sacramento es la fuerza de Dios.

Dios ayudará mi insuficiencia, porque intento referir cuál es la gracia, cuál la virtud, y cuánto el consuelo que cada uno de los sacramentos de la Iglesia de Jesucristo ofrece y concede á cada uno de nosotros cuando nos aproximamos á ellos dignamente.

¡Oh vos, Espíritu Santo, creador, fuente de luz; de las alturas de los cielos en que residís con el Padre y el Hijo en vuestra inmutable eternidad, dignaos dejar caer sobre mí uno de esos divinos rayos que alumbran la inteligencia, dan fervor al corazón, y destierran del alma las sombras en que el pecado la tiene envuelta!

Que vuestra luz me ilumine, ¡oh Espíritu Santo! y vuestra gracia me penetre y me anime; porque nada puede el hombre por sí mismo, y si vos no venís en su ayuda, su trabajo será vano y estéril.

Al comenzar este libro de los *Sacramentos de la Iglesia*, ¿á quién puedo pedir que me purifique, y guie la mano que va á escribirlo, sino á vos, que laváis al que está manchado y que reunís todos los dones celestes;

á vos, manantial de claridad, de pureza y unción; á vos, que sois el padre de los pobres, y que teneis piedad de aquellos que sufren y lloran en los dolores y tristezas del destierro; á vos, huésped amable del alma; á vos, que sois nuestro reposo en el trabajo, nuestro consolador en las penalidades, y nuestra esperanza aquí abajo?

Es, pues, de vos, Divino Paráclito, de quien imploro humildemente la luz que me falta para narrar exactamente los beneficios de Dios.

Iluminadme, purificadme; á fin de que sea menos indigno de la tarea que me he impuesto en mi vejez. Yo he caminado largo tiempo entre las tinieblas y las tormentas que nuestras pasiones levantan como espesas nubes entre el cielo y nosotros: hacedme partícipe de vuestras celestes luces, y yo consagraré los dias que quiera Dios concederme aún, á referir las gracias, los consuelos refrigerantes de esas siete fuentes de agua viva, que nuestra santa religion nos tiene abiertas entre la cuna y el sepulcro, sobre el camino que conduce á la eternidad.

